1

MADRE.- Tú sabes a lo que vengo
PADRE.- Sí
MADRE.- ¿Y qué?
PADRE.- Me parece bien. Ellos lo han hablado
MADRE.- Mi hijo tiene y puede
PADRE.- Mi hija también
MADRE.- Mi hijo es hermoso. No ha conocido mujer. La honra más limpia que una sábana puesta al sol
PADRE.- Qué te digo de la mía. Hace las migas a las tres, cuando el lucero. No habla nunca; suave como la lana, borda toda clase de bordados y puede cortar una maroma con los dientes.

2

CRIADA.- ¿Sentiste anoche el caballo?
NOVIA.- ¿A qué hora?
CRIADA.- A las tres
NOVIA.- Sería un caballo suelto de la manada
CRIADA.- No. Llevaba jinete
NOVIA.- ¿Por qué lo sabes?
CRIADA.- Porque lo vi. Estuvo parado en tu ventana. Me chocó mucho
NOVIA.- ¿No sería mi novio? Algunas veces ha pasado a esas horas
CRIADA.- No
NOVIA.- ¿Tú le viste?
CRIADA.- Sí
NOVIA.- ¿Quién era?
CRIADA.- Era Leonardo.

3

NOVIA.- ¿A qué vienes?
LEONARDO.- A ver tu casamiento
NOVIA.- ¡También yo vi el tuyo!
LEONARDO.- Amarrado por ti, hecho con tus dos manos. A mí me pueden matar, pero no me pueden escupir. Y la plata, que brilla tanto, escupe algunas veces
NOVIA.- ¡Mentira!
LEONARDO.- No quiero hablar, porque soy hombre de sangre, y no quiero que todos estos cerros oigan mis voces
LEONARDO.- Después de mi casamiento he pensado noche y día de quién era la culpa, y cada vez que pienso sale una culpa nueva que se come a la otra; pero ¡siempre hay culpa!
NOVIA.-Un hombre con su caballo sabe mucho y puede mucho para poder estrujar a una muchacha metida en un desierto. Pero yo tengo orgullo. Por eso me caso. Y me encerraré con mi marido, a quien tengo que querer por encima de todo
LEONARDO.- El orgullo no te servirá para nada (se acerca)
NOVIA.- ¡No te acerques!

4

LEONARDO.- Callar y quemarse es el castigo más grande que nos podemos echar encima. ¿De qué me sirvió a mí el orgullo y el no mirarte y el dejarte despierta noches y noches? ¡De nada! ¡Sirvió para echarme fuego encima! Porque tú crees que el tiempo cura y que las paredes tapan, y no es verdad, no es verdad. ¡Cuando las cosas llegan a los centros, no hay quien las arranque!
MUJER DE LEONARDO.- ¡Han huido! ¡Han huido! Ella y Leonardo. En el caballo. Van abrazados, como una exhalación.

5

Leñador 2º.- Hay que seguir la inclinación: han hecho bien en huir
LEÑADOR 1º.- Se estaban engañando uno a otro y al fin la sangre pudo más
LEÑADOR 3º.- ¡La sangre!
LEÑADOR 1º.- Hay que seguir el camino de la sangre
LEÑADOR 2º.- Pero la sangre que ve la luz se la bebe la tierra
LEÑADOR 1º.- ¿Y qué? Vale más ser muerto desangrado que vivo con ella podrida

6

NOVIA.- Con los dientes,
con las manos, como puedas,
quita de mi cuello honrado
el metal de esta cadena,
dejándome arrinconada
allá en mi casa de tierra.
Y si no quieres matarme
como a víbora pequeña,
pon en mis manos de novia
el cañón de la escopeta.
¡Ay, qué lamento, qué fuego
me sube por la cabeza!
¡Qué vidrios se me clavan en la lengua!
LEONARDO.- Clavos de luna nos funden
mi cintura y tus caderas.

7

NOVIA.- ¡Ay qué sinrazón! No quiero
contigo cama ni cena,
y no hay minuto del día
que estar contigo no quiera,
porque me arrastras y voy,
y me dices que me vuelva
y te sigo por el aire
como una brizna de hierba.

NOVIA.- Y yo dormiré a tus pies
para guardar lo que sueñas.
Desnuda, mirando al campo,
como si fuera un a perra
¡porque eso soy! Que te miro
y tu hermosura me quema.

8

NOVIA.- ¡Porque yo me fui con el otro, me fui! Tú también te hubieras ido. Yo era una mujer quemada, llena de llagas por dentro y por fuera, y tu hijo era un poquito de agua de la que yo esperaba hijos, tierra, salud; pero el otro era un río oscuro, lleno de ramas, que acercaba a mí el rumor de sus juncos y su cantar entre dientes, y yo corría con tu hijo que era como un niñito de agua, frío, y el otro me mandaba cientos de pájaros que me impedían el andar y que dejaban escarcha sobre mis heridas de pobre mujer marchita, de muchacha acariciada por el fuego. Yo no quería, ¡óyelo bien!; yo no quería. Tu hijo era mi fin y o no lo he engañado, pero el brazo del otro me arrastró como un golpe de mar, como la cabezada de un mulo, y me hubiera arrastrado siempre, siempre, aunque hubiera sido vieja y todos los hijos de tu hijo me hubiesen agarrado de los cabellos!

NOVIA.- ¡Calla, calla! Véngate de mí; ¡aquí estoy! Mira que mi cuello es blando; te costará menos trabajo que segar una dalia de tu huerto. Pero ¡eso no! Honrada, honrada como una niña recién nacida. Y fuerte para demostrártelo. Enciende la lumbre. Vamos a meter las manos; tú, por tu hijo; yo, por mi cuerpo. Las retirarás antes tú.